



CAZA MENUDA, POR PAHISA



El telégrafo y las golondrinas

En las Antillas se encuentran de venta, en varias ocasiones, pájaros moscas en jaulas. Los negros los cogen con liga, ó bien cuidando y curando á los que caen aturdidos por el proyectil de la cerbatana. Puede mantenerse algún tiempo dándoles todos los días flores frescas mojadas en agua y azúcar; pero, á pesar de estas precauciones, no tardan en decaer y morir después, llenos de tristeza.

Estas maravillosas miniaturas de la creación necesitan de tanto aire y espacio como el condor, y relativamente recorren mucho más camino que él. Así es que da compasión verlos á cada momento lanzarse contra los alambres de la jaula y caer inanimados, volviendo luego á la faena, hasta que al fin pierden una vida de que no quieren gozar en su reducida cárcel. En América se fabrican preciosas flores artificiales con las plumas de este pajarillo, que en Europa aplican las modistas como adorno de los sombreros para las señoras; adorno que tiene siempre gran mérito, que no caduca nunca y para el que no rigen los volubles decretos de la tiránica moda.

II

Muchas veces hemos oído preguntar: ¿se cazan las golondrinas?

Nosotros reconocemos de buen grado todo lo que hay de poético y tradicional en esa general simpatía que inspira la mensajera de la primavera; pero la tórtola, la paloma, la alondra, el mirlo, la liebre, el conejo; ¿no han sido alabados por los poetas? ¿Qué diferencia existe en realidad entre la golondrina *viajera* y dos tórtolas *amantes*? ¿Habría, como en tantas otras cosas, dos moralidades para los cazadores? No: sólo hay leyes reglamentarias basadas en las leyes de la Naturaleza, leyes de reproducción, leyes de estación, leyes de climas destinadas á proteger las especies; respetando, sin embargo, la libertad reglamentada del cazador y los usos de cada país.

La caza de la golondrina está localizada en algunos sitios muy escasos. La golondrina que vuela de oriente parece, después de haber multiplicado sus relevos en las verdes islas del Mediterráneo, y reposado sus fatigadas alas en las jarcias de los infinitos buques que surcan este *gran lago*, haber escogido nuestros puertos cantábricos para reposar de sus fatigas.

Allí, durante los meses de la primavera y el estío, se cierne libremente sobre las azuladas ondas del Océano, juguetea en los aires sin temor y en bandadas más ó menos numerosas, en los altos plumeros de los árboles, en las verdes praderas de nuestros frondosos campos; no dejan huir al Pirineo sino las más jóvenes, las más aventureras de la bandada, que van á anidar á Arles primero, la ciudad antigua de Francia, la ciudad de las ruinas, cuyos imponentes restos recuerdan todavía al viajero los monumentos de Egipto y de Grecia; más tarde, á los bosques de Fontainebleau, ó á las soledades de Trianón.

¿Ha notado alguno que disminuya la especie por que determinado número de cazadores, en los meses de setiembre y octubre, es decir, en la época fijada por la ley, cacen algunos cientos de golondrinas? No podemos creerlo, porque esta caza se pierde en la noche de la historia, y forzosamente tenía que suceder en un país de grandes descampados como el nuestro, en que los insectos pululan por do quiera, atrayendo y reteniendo á la golondrina.

La caza de las golondrinas con redes no es tan fácil como pudiera creerse á primera vista.

Como todos sus compañeros, el cazador de golondrinas debe gozar de una constitución á prueba de reumatismos y de cansancio; debe encontrarse en estado de usar y abusar de sus jarretes de acero, porque el ejercicio es algunas veces violento en demasía.

Mis recuerdos de la infancia y de la juventud me traen á la memoria estas excursiones matinales que hacíamos bajo la dirección paternal al través de los juncos del Segura, ó en las frondosas tierras de Villanueva, á fin de adelantarnos á los demás cazadores y apoderarnos de los mejores sitios señalados la víspera. ¡Con qué emoción se habla de lo que se ha hecho en esa edad, apartada de nosotros por desgracia, tan feliz y alegre, en que el calor de la sangre pide á cada momento esparcirse en una actividad devoradora! La caza era para nosotros la alegría de los domingos, la gimnasia de las vacaciones.

Cuando llegaba setiembre coronado de pámpanos, nuestras miradas buscaban en el cielo la dirección de las nubes, espionando el primer soplo de viento del este, el *levante*, que en el mediodía de España conduce la lluvia benéfica, que levanta los insectos tan queridos de la golondrina.

En el momento que aparecía la menor ráfaga preparábamos nuestra red cuidadosamente, sujetándola á un examen minucioso y severo, y después la encerrábamos en un saco que colocábamos al lado de una

jaula con dos golondrinas destinadas á servir de reclamos, es decir, á atraer á sus compañeras hacia el pérfido aparato; y, por último, un pito para imitar el canto del mirlo y otros pájaros.

El cazador con red no lleva el saco ordinario, sino una especie de morral de lienzo gris, que se sujeta en su centro y en su extremidad de modo que forme dos baliijas: una de éstas guarda el aparato; la otra, las provisiones de boca.

Llegada la mañana, con nuestro saco á la espalda, salíamos al campo preparados y dispuestos para la caza, quedando á poco tendidas nuestras redes con ayuda de una sujeta á las mallas. Estas redes deben de estar formadas de dos piezas ó partes: la una, cuerda larga, de veinte pasos lo menos; la otra de un ancho como de 2 metros. Las mallas deberán tener unos tres cuartos de pulgada de cuadrado.

Escogido el sitio de antemano, como hemos dicho, á fin de procurar que ofrezca una vista descubierta, á lo menos de derecha á izquierda, es decir, perpendicularmente á la posición que ocupan las redes, y limpio perfectamente el suelo de hierbas y matorrales para que no entorpezcan los movimientos del cazador, se empieza la caza, y, por poco que los aparatos estén bien dispuestos y desplegados perpendicularmente á la dirección del viento, ó, si esto no fuera posible, al biés, como hacen los marinos con las velas cuando el viento es muy fuerte, la caza no podrá menos de ser fructuosa y abundante.

En efecto: volando siempre la golondrina en dirección de la corriente del aire cuando pasa rasando el suelo, no puede menos de encontrar una de las redes, en la que queda cogida al momento.

De este modo se cazan con red las golondrinas, las aves de vuelo rápido é infatigable, tan útiles al hombre por su sociabilidad, sus emigraciones periódicas, su afecto al país natal, su regreso, que anuncia la primavera, y tantos otros detalles que han despertado la curiosidad de los pueblos antiguos y modernos, y prestado á más de un poeta felices inspiraciones.

Como no podía menos de suceder con un ave tan popular, las fábulas más extrañas se han sucedido unas á otras sin descanso. Se ha dicho que estas aves se unían en el aire, abdomen con abdomen. Se ha pretendido que tenían la facultad de recobrar la vista por medio de una planta, la celidonia, que por esta causa el pueblo la designa aún con el nombre de *hierba de golondrina*. Las piedrecitas que algunas veces se encuentran en su estómago se ha pretendido que tenían la propiedad de preservar de muchos males á las per-

sonas que las suspendían á su cuello en una bolsita. Entre los antiguos, todas las partes de su cuerpo pasaban por tener virtudes medicinales. Sus músculos machacados se tenían por un antídoto contra la mordedura de la víbora, y sus excrementos, tomados en bebida, como contrarios á la rabia.

Desde tiempo inmemorial, las golondrinas, por sus propiedades exclusivamente insectívoras, no cabe la menor duda que han sido muy respetadas. Los griegos y romanos las ponían bajo la protección de sus dioses penates. Creían que cuando se las maltrataba iban á picar los pechos de las vacas y les hacían perder su leche. A los ojos de ciertos pueblos del norte es un gran mal matarlas: para los angloamericanos es una violación de las leyes de la hospitalidad.

Pero la verdad es que en todos los países sucede lo mismo. En los sitios que son aves de paso, en otoño, muchos cazadores les hacen una guerra sin cuartel.

En esta época las gargantas de los Apeninos, Pirineos y montañas de Córcega, son teatro de grandes matanzas. Como están muy gordas en esta estación, su carne constituye un manjar suculento en extremo, consideración, como comprenderán fácilmente nuestros lectores, que basta y sobra para enmudecer las leyes del reconocimiento y hasta la de la superstición, diosa á quien rinde un gran culto el pueblo italiano, tanto antiguo como moderno (1).»

III

La golondrina de mar hállase dotada de vigorosas alas, y cruzan, giran y se mueven con vertiginosa rapidez, cruzando el aire como una flecha.

Vuelan lanzando chillidos acres y penetrantes. Durante los tiempos de bonanza se elevan á grande altura. En los comienzos de mayo llegan á nuestras costas en numerosas bandadas. Algunas golondrinas se separan y se dirigen hacia los pantanos y lagunas; pero el grueso del ejército marino mora en las orillas ó á la entrada de los ríos.

El vuelo de la golondrina de mar es precipitado y caprichoso. Tiene mucha analogía con el de la golondrina de tierra.

Se alimentan de pescados.

(1) *Ilustración Venatoria.*